

La permanencia

Reflejo de su propia imagen es el cuerpo
la ventana a lo inasible
presencia que es estorbo
atropelladas formas que el calor desata ruinas
basurero sin fin donde echar las edades
Quizás un hado adverso en vilo lo sostiene
le otorga larga vida propiedades
pasión por las quimeras
por eso sobra todo cuando nada nos falta
y una espada de fuero una espada
encendida cierra el paso y un gran árbol
veloz como la dicha es el deseo
Quizás permaneciendo es como se destruye
por eso sangra más la herida que no ha sido
y el hombre se desploma bajo el peso de su sueño
Derribado así sin advertirlo
arrastrándose entre seres que no le conciernen
—el labio de la esfinge las naves la escalera—
¿cómo alzar su mano para tocar lo puro?
¿Y qué cosa es la pureza —tú que lo sabes—?
¿Qué poderosa voz traza los límites
y una espada encendida pone frente al árbol?

Jardines imaginarios

Porque a la sombra estaban de las altas columnas
ruidos en la torre rosas que besó el sediento
tirados a la sombra y eran bellos y tenían
por futuro una naranja y una acera interminable
lo terrible resbalando sin remedio de sus bocas
—no el deseo que al morir va dando paso a otro deseo
no la agusanada transparencia abandonándose sin ruido
sólo torres dunas campanarios
huestes al pie de las escalinatas—
Y era ella aún la que sonreía distante
como desde un ámbito en penumbras
ella la que contemplaba el entorno recién creado
como quien se encuentra a punto de decir

Yo soy el ser que más fácil se despeina
porque mis cabellos son leves como mi alma
No te fíes de mí no te quedes no partas presuroso
te olvidaría tan pronto te hayas vuelto
Ni reniegues de mí ni me aborrezcas no me ames
Alguien me amó una vez desde las torres de su
amor desorbitado
y me golpeaba horriblemente llamándome perra
—en el vientre y en el rostro golpeando
golpeando hasta dejarme sin sentido—
luego con súbita ternura me abrazaba
besaba mis labios sangrantes y decía
“te necesito tormento mío
punzada de mi pulmón piedra de sacrificio”
Así que eso es para mí el amor No me ames
Partiremos y en el camino escogeré una rosa
guardaré su hondura
el olor que sus formas encubrían
y ése será tu olor definitivo
Ese será tu aroma en el espejo

Pero al inclinarse la rosa se hizo espuma
montado en un tiovivo el dolor sonrió a lo lejos
y la rosa se hizo espuma
se asomó el veneno tras los hongos gigantes
El recordó la extraña
leyenda del extranjero que había subido solo
una pajarera enorme por las retorcidas escaleras tropezando
y sonriendo aún calló penosamente como si preguntara
¿Entonces qué hay allí donde no hay olor?
¿Entonces qué hay allí de pie donde la impávida
rosa que elegiste te negó sus dones
—a ti que recuerdas sólo los olores—?
En casa teníamos de mascota un ángel
mi hermano lo encontró en un vertedero
le dimos de beber le pusimos nombre
lo llevábamos al parque los domingos
atado a una correa
un ángel mío y de mi hermano sólo
durmiendo con el perro un ángel
¿y en tu rosa que hay si no una rosa
sin densidad espuma

sin rabia sin dolor?

Retrato del pintor Carlos Goico

En un cuadro de Goico estoy mirando a solas
las líneas y el color del desamparo
una frente que estalla un rostro atribulado
-mi propio rostro- veo
mi pensamiento mismo saltando de ola en ola
Ese cuadro no existe desde luego
o fue destruido talvez
o se ha extraviado
yo lo rescato ahora
talvez yo lo he pintado
y es Goico quien escribe este poema